

# REALIDAD DEL ALMA

**D**URANTE cincuenta años la psicología emprendió una paciente y sesuda peregrinación por laboratorios y anfiteatros. Frente a la lente poderosa, al nervio disecado o al aparato eléctrico para medición de reacciones alimentó la vieja esperanza de atisbar un día el secreto del alma y de su verdadera naturaleza.

Largas horas e innumerables vigias no revelaron al sabio la faz dinámica del acontecer psíquico, para lo cual se hubiese necesitado conocer la dinámica fundamental del *bios*.

Todas las observaciones y experiencias sobre hechos vitales atañen al aspecto perceptiblemente mecánico, solamente: el acontecer dinámico no puede ser puesto en duda ni ser reducido al hecho mecánico. El conflicto de la ciencia psicovital radica pues en un constante hallarse frente a hechos irreductibles al mecanismo: donde éste acaba comienza la vida. El estudio de los procesos psíquicos de mayor jerarquía quedaba así relegado a un futuro tan lejano como imposible de columbrar. En lo concerniente a nuestra experiencia inmediata, hay hechos de innegable importancia no debidamente atendidos sin duda por la apetencia cognoscitiva: entre ellos los sentimientos. Parece como si sólo sospecháramos unos pocos cuando es tan enorme su variedad y matiz como las vislumbres centellantes de una agitada y rumorosa fauna tropical. Y este desconocimiento se extiende a su verdadera aparición en la individualidad humana y por lo tanto a la forma y oportunidad de su educación. Cabe preguntar entonces: ¿cuál es el núcleo auténtico en cuya entenebrecida maraña tornan sus plásticos contornos y sus vislumbres tornasoladas los sentimientos, los callados deseos, las oscuras voliciones y todo el auténtico repertorio de la humana peripezia psíquica? Más de medio siglo la ciencia desconoció tan variada problemática, y esta ignorancia nos viene sin

duda de bastante más atrás. Nuevo impulso adquirieron estos estudios cuando Freud trató de extender alguna claridad sobre estos fenómenos, especialmente el erótico, con la formulación de una venerada doctrina sobre el particular. En Freud abundan ideas útiles dignas de un venturoso porvenir; pero no está libre su sistema de la gravitación de un prejuicio mecánico. Por sobre todo, Freud reacciona contra la mentalidad del siglo XIX. Por eso cuadra a sus intenciones el gesto descarnado, el rictus inexorable frente al objeto de sus estudios. Sus conclusiones van quizá demasiado lejos pero su objeto primordial se halla plenamente logrado: proveer a la psicología de métodos para tratar con el alma del individuo, meta de la arriesgada peripecia psicoanalítica.

Apoyado en estas búsquedas empeñosas Jung nos coloca en su "realidad del alma" frente al fenómeno primordial de lo psíquico: imposible poco menos de reducir a un término más simple, no identificable en forma alguna con la conciencia. En sus páginas no busca Jung descomponerlo en sus elementos, sino más bien mostrarlo en su complejidad orgánica, en sus matices desconcertantes y en la perspectiva profunda de sus manifestaciones y posibilidades. Lo inconsciente permanece sumergido entre opacos reflejos mientras sólo aflora una mínima parte de nuestra vida psíquica, la conciencia, estimulada y solicitada por el espectáculo de nuestro contorno. Aparece aquí, quizá por vez primera, fijada esta raíz primaria de lo psíquico, todo el insospechado repertorio de una actividad interior desconocida para nosotros mismos.

Pero no basta haber vislumbrado en un enigmático horizonte la vida secreta del alma, como divisa el navegante una playa lejana. El imperativo intelectual nos induce a hacer un día pie en ella y desvanecer así el sortilegio de una *terra incognita*.

El alma significa, pues, para la mentalidad contemporánea y en particular para la humanidad media, una sorprendente revelación. Porque, ya no se trata de acudir, para explicarla o describirla al cúmulo de nuestras experiencias cotidianas; al tratar del alma de raíz colectiva, subyacente en la actividad psíquica individual, pero no localizable, no partirá Jung de la experiencia referida a la percepción exterior desde sus más remotas manifestaciones humanas; las vivencias de más alta jerarquía como las religiosas no se resolverán en circunstancias de nuestra existencia cotidiana sumergida en los problemas inmediatos; bien al contrario las revelaciones del alma, especialmente en los sueños, nos hablan en un lenguaje de símbolos

herméticos e irreductibles, especie de conocimiento último de las cosas. Las voces elocuentes de la interioridad, las agitaciones de un oculto demonio, los signos del ensueño no pueden ser interpretados a base de métodos sistemáticos y racionales, sino sólo por quien ha aprendido calladamente la vigilia del espíritu en medio de la tiniebla o el aparente silencio. Por eso *la realidad del alma* implica en las páginas de Jung una nueva fundamentación de la vida subjetiva para hacer accesible a la conciencia la psique más auténtica e ignorada a la par.

Esta problemática involucra una valoración más ajustada de lo primitivo en una verdadera esencialidad. Jung pertenece al núcleo de quienes saben sorprender en el hombre de hoy los temores y hechizos del salvaje en la trama enigmática de los sueños. Percibe como la personalidad se estratifica en capas correspondientes a los períodos evolutivos; y como la última de ellas la más reciente, no logra sofocar las oscuras palpitaciones de la más auténtica y ancestral. Todo esto lo cree vislumbrar en sus exploraciones del vasto mundo inconsciente. Durante mucho tiempo se intentó mostrar este inconsciente, apenas señalado como una dependencia de la conciencia y de los fenómenos de la percepción exterior. Freud estaba aun enredado en esta suposición. Pero lo inconsciente no es producto ni reconoce por causa la conciencia individual; bien al contrario, lo inconsciente es disposición funcional de un pasado remoto. Jung tiende a escindir el yo del alma. Al primero lo considera inexistente en el sueño o el desmayo, mientras la segunda pervive lógicamente en dichos estados: tal diferencia subraya la propensión específica de las dos entidades: el yo vive sustraído en cierto modo del alma, solicitado más bien por las innúmeras excitaciones del exterior; el alma encierra en cambio fuentes cognoscitivas peculiares y alienta en actividades sorprendentes e intencionalidad propias. La experiencia psicopatológica y la interpretación de los sueños corrobora estos asertos. El mundo de las sombras vive y gesticula en el ensueño, en los impulsos, en el instinto y no cabe dudar de él aunque sus fundamentos nos parezcan inasibles en su intimidad.

*Mario García Acevedo*